

# El Montero Extremeño



Director: D. Luis Romero de Tejada.

# ANUNCIOS

## El Montero de Extremadura.

CÍRCULO DE CAZADORES.

COMIDAS, CAFÉS Y HELADOS.  
PLAZA.

## Gran Bazar de Armas de Fuego.

MANUEL ARRIETA LIZARDI.

VILLAFRANCA DE LOS BARROS.

Gran surtido de armas de fuego de todas clases y precios.

## Manuel Rodriguez.

Obispo y Arco, 3.—MÉRIDA.

Para-rayos, teléfonos, timbres, aparatos electro-medicinales é instalaciones eléctricas de todas clases.

También ofrezco al público un inmenso surtido en anzuelos para lobos y zorras; cepos para estos mismos animales, garduñas, tejones, etc., para águilas, halcones y azores, y franceses, llamados de llave, para cazar topos, ratas de agua, lagartos y culebras.

## Destrucción de los Animales Dañinos.

Obra de gran utilidad para dueños de cotos, ganaderos, agricultores y toda persona que tenga intereses en el campo, escrita por D. Manuel Rodríguez y Ramas (*Lupus*)

Se vende en la Administración de EL MONTERO EXTREMEÑO, á 1 peseta para los suscriptores y 1'25 para los que no lo son.

Se arrienda una casa en total ó por habitaciones sueltas situada en la calle de San Juan de Dios, núm. 4.

Asimismo un corral espacioso con tinaos y cuadra, situado en El Rastro.

Para informes de uno y otro arriendo darán razón en la Plaza de la Constitución, núm. 28.

## SE VENDEN

Libros antiguos pertenecientes á una biblioteca eclesiástica, entre ellos una edición completa de La Biblia en latín y castellano, que consta de 15 tomos el antiguo testamento y 4 el nuevo, lujosamente encuadernados y traducida de la Vulgata Latina por el P. Scio de San Miguel.

También hay Historias eclesiásticas, libros de sermones, vidas de santos, año cristiano, breviarios, etc.

En la administración de este periódico darán razón.

## L'UNIÓN.

COMPANÍA FRANCESA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Á PRIMA FIJA

FUNDADA EN 1828,

RECONOCIDA EN ESPAÑA POR REAL ORDEN.

Capital social. . . . .	10.000,000	} pesetas.
Reservas. . . . .	79.295,157	
Total. . . . .	89.295,157	

AGENTE EN MÉRIDA:

**Francisco Toribio Macías.**

PUENTE, 14.

## CONFITERÍA

DE

**MANUEL GUTIERREZ.**

PLAZA, 13.

Este acreditado establecimiento, el más antiguo de la provincia, pues cuenta 74 años de existencia, sigue sirviendo como siempre á su numerosa clientela á precios económicos.

## Á LOS CAZADORES.

En la Administración de EL MONTERO EXTREMEÑO se ha recibido un grande y variado surtido en cartuchos de las mejores marcas y varios calibres sistemas Lefauchaux y Central, tacos superiores de cartón, fieltro, gruesos é impermeables, cananas, cintos de caza, polainas, bolsas para cartuchos, chalecos con bolsas y tres bolsillos, porta-escopetas, porta-mantas, reclamos de perdíz y codorníz, collares para perros, vasos de campo con estuche, etc.

Todos estos artículos se venden en comisión á los precios de fábrica.

Además se reciben toda clase de encargos en armas y efectos de caza, siendo de cuenta de esta Administración su transporte hasta el punto que designen, si así lo desean los que utilicen nuestros servicios.

No olvidar que vendemos en comisión sin ganancia alguna.

Administración, Obispo y Arco, núm. 2.—MÉRIDA

## FILATELIA.

Compra y venta de toda clase de sellos españoles y extranjeros.

Se compran sellos españoles de los años 50, 51, 52, 53 y 54 á precios elevadísimos. Para dar precios hay que indicar color, época de emisión, valor y estado de conservación, así como cantidad de ellos.

Es conveniente enviar muestras.

**H. Rodríguez**

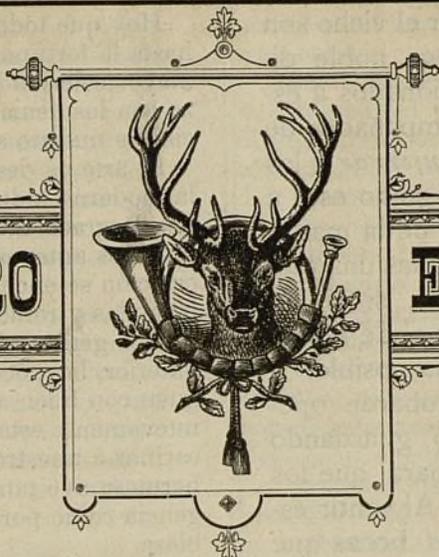
Obispo y Arco, 3. — MÉRIDA.

ADMINISTRACIÓN.  
OBISPO Y ARCO, NÚMERO 3.

**EL MONTERO**

PERIÓDICO

DE CAZA, PESCA, AGRICULTURA Y SPORT.



Precios de Suscripción.

2 PESETAS TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA.

**EXTREMEÑO**

PROPIEDAD

DE LA SOCIEDAD MONTEROS DE EXTREMADURA

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES.

Ha fallecido en esta ciudad la Sra. D.<sup>a</sup> Antonia Corchero de Rodríguez, hermana política de nuestro compañero D. Manuel Rodríguez, á quien enviamos nuestro más sentido pésame.

### La caza con hurón.

SEGÚN cuentan autores competentísimos, y según se lee en casi todos los libros clásicos de caza, en tiempos de la República romana y cuando ya lanzaba los últimos resplandores de aquella luz que iluminó el mundo, sufría España la pesadumbre de una plaga que, en aumento de día en día, amenazaba destruir no solo las cosechas, sino los árboles y hasta los cimientos de los caseríos rurales. Millares de conejos multiplicábanse con esa fecundidad pasmosa y propia de su especie; se enseñoreaban por toda la península, convirtiéndola en poco tiempo en un suelo estéril hasta el extremo que, dado su extraordinario número, se hubo de pensar seriamente en los medios de atajar la ruina completa que se venía encima por causa de los conejos.

Por este tiempo precisamente fué cuando los romanos, de regreso del Africa, trajeron exclusivamente para dominar la crisis porque atravesaba España, unos animalitos que los árabes tenían y calificaban con

sobrada razón de que eran los enemigos más implacables de los conejos.

El hurón, pues era él de quien se trata, hizo su entrada en Europa por nuestra España y en la época ya mencionada, siendo oriundo por lo tanto del Africa.

Aclimatada y reproducida fácilmente la especie en nuestro cálido suelo, fué extinguiéndose poco á poco la plaga de conejos; pero en cambio quedó aquí para siempre la semilla del hurón, arma bárbara y traidora puesta en manos de malos cazadores para descascar vivares enteros de conejos, que no se libran de la muerte ni aun en el más obscuro rincón de su madriguera.

El hurón, animal carnívoro y de malos instintos, al verse delante de su víctima, se arroja furioso sobre ella para chuparle la sangre, embriagándose en su obra hasta el extremo de quedarse dormido sobre su presa. Aun cuando se le presente al hurón un conejo muerto le muerde con verdadero ensañamiento, así es que para contener sus predisposiciones sanguinarias, se le suele poner un bozal al introducirlo en la madriguera.

Si el hurón entra llevando libre su boca, es fácil, si no el perderle, cuando menos el que no salga en largas horas, por lo que hemos dicho antes, de dormirse sobre la víctima al extraerle la sangre, consiguiendo el no hacer salir los conejos sin matarlos, que es el deseo del cazador y aplicación que éste le dá al hurón.

Los pormenores de esta clase de caza se hacen sin valor y sin compasión, y casi nos atrevemos á decir que solo almas empeder-

necidas por la corrupción y por el vicho son capaces de dedicarse á tan poco noble diversión. Por lo general los aficionados á este denigrante sistema, ván acompañados de varios perros, encargados de *encerrar* á los conejos. Sujetan una vez conseguido esto á los perros, y ya ante las bocas de la madriguera, colocan en cada una de ellas una red, y tapando bien las demás bocas, si el número de éstas fuera mayor que el de redes, quedan al conejo sin escapatoria posible.

Terminada esta indigna y cobarde operación, echan el hurón dentro, guardando enseguida profundo silencio para que los conejos no se vuelvan al salir. Al sentir éstos al hurón se precipitan á las bocas que creen encontrar libres, cayendo presos en la red, y cojidos enseguida por los cazadores quedan muertos mediante el consabido golpecito tras las orejas; así queda el vivar desalojado por completo de conejos, pues el hurón no cede mientras quede uno siquiera dentro.

La caza con hurón es para nosotros un delito, salvo en los excepcionales casos que se emplea para sacar conejos de un punto para habitar otro, ó cuando es para extinguir á estos animalejos que son enemigos de la agricultura.

Pero empleado el hurón por el solo gusto de matar caza, nos parece el sistema tanto más digno de ser perseguido y castigado, cuanto más fácil es el cazar sin bulla y sin que guarda alguno por lo general se aperciba de la maniobra.

Por nuestra parte no nos cansaremos de lanzar anatemas sobre el cazador con hurón, que emplea tan inícuo sistema de extinguir, contra todos los medios aprobados por las leyes y por la humanidad toda.



## CETRERÍA.

(CONTINUACIÓN).

**L**A caza con halcón era el supremo placer de los caballeros de la Edad Media; era el ejercicio noble por excelencia; la ocupación favorita de los reyes y grandes señores ó magnates.

Tal vez no parezca bien que me ocupe tanto de esta clase de caza en una época en que el uso de las modernas armas, de tanta rapidéz como precisión, han relegado por completo las antiguas costumbres, arrollando entre ellas á la cetrería.

Hoy que todo se ha de hacer de prisa, todo, hasta la fortuna, se ha de cazar también con la mayor celeridad posible, armonizando así la caza con los demás elementos que el carácter especial de nuestro siglo reclama.

El arte vá desapareciendo bajo las huellas de la moderna industria. La cetrería debía morir, y por desgracia murió con las ideas caballerescas de nuestros antepasados, de aquella raza cuya descripción se encuentra grabada para siempre en leyendas y romances.

Este género de caza, ya dijimos en artículo anterior, las pocas naciones europeas que aún siguen con buen acuerdo cultivándolo. Tratamos nuevamente esta materia porque queremos encariñar á nuestros lectores con el halcón, con esa hermosa ave tan notable por su bravura é inteligencia como por su poderío de vuelo y su nobleza.

La cetrería se ha conocido y practicado en remotísimas épocas: los francos y los galos eran tan apasionados de ella, que en la ley sética se establecen grandes penas para los que se apoderaban de un halcón amaestrado. El placer de este sistema fué en aumento de día en día; pero en la Edad Media llegó á su apogeo, siendo considerado como una verdadera ciencia y como un placer reservado, como queda dicho, á los grandes señores. En la época, por ejemplo, de Carlos Magno ó de Felipe Augusto, el destino de halconero era un cargo real, con fueros, privilegios y regalías de la corona.

Después de terminada la primera Cruzada, fué tal el furor de los nobles por la cetrería, que hubo necesidad de prohibirles que llevaran halcones á la Tierra Santa, porque apenas terminaba una batalla ó simple escaramuza contra los infieles, ofrecían los campos de Palestina un espectáculo que no estaba muy en consonancia con las predicaciones de Pedro el Ermitaño.

Los plebeyos y hasta los abades no podían hacer uso de los halcones que amaestraban, y tanto se protegía á estas aves, que el hombre que se apoderaba de alguna por medio del lazo, recibía el horroroso castigo de dar una limitada cantidad de su misma carne para que la comiera el animal apresado con artificios prohibidos.

En Alemania podían los señores entrar en el templo con el halcón en la mano, y uno de ellos tenía derecho á depositar el ave en un rincón del altar mientras se celebraba la misa.

Eduardo III de Inglaterra, en una de sus expediciones contra el rey de Francia, llevó treinta halconeros en su ejército, é hizo toda aquella campaña cazando y guerreando al mismo tiempo; semejante á los caballeros de las Cruzadas ya citados.

En Francia duró la cetrería hasta la época de Luis XIII, prolongándose un poco, aun cuando ya decadente, en el reinado de su sucesor.

Esta caza, lo mismo allí que en España, se hacía siempre á caballo, tomando parte en ellas las damas más elevadas de la comarca ó corte donde se celebraban, que eran todas cumplidas amazonas por su donaire y gentileza y que llevaban su correspondiente halcón sobre el guante ó pihuela y tras sí el séquito de galanes que

siempre arrastra la hermosura. Eran las primeras en lanzar sus aves y seguir en sus briosos caballos las peripecias de la caza, seguidas de caballeros, pajes, donceles, picadores y perros, observando todos con el más contenido anhelo los giros y vueltas de aquel punto negro perdido casi en la inmensidad de la altura, cuyas alas apenas se movían y nadaban en el aire, según decían en su pintoresco lenguaje los viejos halconeros.

La cetrería ya casi agonizante desapareció á fines del pasado siglo envuelta como otras tantas cosas en el violento torbellino de la revolución. Esto no quiere decir que haya muerto para siempre; los huracanes todo lo tronchan á su paso, mas luego se levanta lo que no debió caer.

El halcón vive, existe entre nosotros; sus instintos no han cambiado; para los buenos cazadores, amantes de todos aquellos elementos de caza de la antigüedad, el halcón será siempre el ave digna de la preferencia concedida por nuestros abuelos; el ave más semejante al águila y dotada de un valor y fuerza superiores á su tamaño.

El halcón es noble por la franqueza con que siempre acomete; se lanza sin rodeos y sin titubear perpendicularmente sobre su víctima, y como cae á plomo y generalmente desde tan grande altura, su acometida es siempre tan terrible como inesperada y funesta para la víctima.

En próximos trabajos ampliaremos los estudios sobre esta noble caza.

M

## LUISITO.

Á mi distinguido amigo D. M. R. T.

*dedico este pacientísimo trabajo, recuerdo de una de mis primeras monterías. No veas en él otro mérito que la paciencia que supone el escribir un artículo prescindiendo en absoluto de la letra E. Me han dicho que abuso de ella, y precisamente ha sido uno que la lectura del presente trabajo le traerá algún amargo recuerdo.*

*Tu afectísimo*

B. P. G.

No há muchos años fuimos invitados varios aficionados á la caza, por un amigo llamado don Juan Palacios á pasar unos cuantos días cazando su coto llamado La Hoyada. La proposición la acogimos todos los invitados con la natural satisfacción; famoso por la caza había sido dicho sitio, y suponíamos con fundados motivos habría aún la sobrada para tirar muchos cartuchos.

D. Juan sumaba á su honrada condición y franco trato, una fortuna colosal, la cual distribuía con caritativo corazón, mitigando cuantas lágrimas acudían á su auxilio. Pasaba al campo por casi todo un año, acompañado por sus dos lindísimas hijas María y Julia, cazadoras como su papá.

La invitación para la caza nos había sido comunicada por carta firmada por la hija mayor, María, anunciándonos día y hora para concurrir con oportunidad á la comida última diaria. Como posdata, nos participaba la autorización dada ya

por su papá á las dos hijas, para asistir con todos á las batidas.

Gran dicha nos produjo la noticia, no solo por la originalidad para nosotros al cazar con tan distinguidas damas, sino por la natural ambición al probar cada uno su habilidad como tirador, contando por tribunal las chicas más guapas, más simpáticas y más graciosas habidas á mil millas á la larga. Y si á lo dicho unimos la abundancia y mucha caza contra la cual dispararíamos hasta saciarnos, supondrán todos cual no ansiaría tan dichosa ocasión.

A la cita concurrimos con puntualidad todos, sin faltar uno: caminamos sin obstáculos dignos por su importancia para contarlos, y ya próximo á las ocho, cuando un obscuro manto cubría con sus sombras los sinuosos caminos y montañas próximas, unido á una copiosa lluvia, causa por la cual avanzábamos con no mucha actividad, motivándonos algún atraso, arribamos por fin á la casa salvadora, dando por concluida la jornada.

Con oportunidad lo hicimos, por aguardarnos ya una abundantísima comida, cuyos vinos nos proporcionaron la tranquilidad, y volvió á todos los ánimos su habitual humor.

Los sitios honoríficos los ocuparon D. Juan y sus hijas, nosotros nos colocamos cada cual á su gusto. Próximo á María tomó sitio Luisito.

Dos palabras para fotografiar al protagonista citado.

Luisito había sin duda alguna abrigado un fijo propósito al no transigir y contar los años, sumando ya su figura ocho lustros y pico. Dió principio á su obra dando oídos sordos si no lo nombraban por su diminutivo: tipo almibarado y ridículo, unía á otras varias cosas la admiración platónica por las damas (ninguna hacía caso á sus torcidos mostachos), adorador al último figurín aportado por la moda, mas una charla chillona y vana con visos filosóficos, hacían un conjunto antipático y lastimoso; á juzgar por su palabra, unía sobrado arrojo y valor para arrostrar los furiosos cochinos.

Al ocupar su sitio ya indicado, dió principio á lanzar sus amorosos dardos contra la linda María; la comida tocaba á su fin cuando un guarda pidió autorización para pasar.

—Pasa, Francisco, ¿has visto algo?—Dijo D. Juan.

—Sí, mi amo, hay cochinos, y muchos—dijo Francisco—hoy pasaron ocho juntos por mi lado.

—Propongo—dijo D. Juan á todos nosotros—cazar mañana á los cochinos.

—¡A cazarlos!—dijimos todos con gran algazara.

Luisito varió su color; copioso sudor invadió su rostro.

Al guarda Francisco dimos un vaso con vino por tan grata noticia, y apurado hasta su fondo, marchó á su habitación.

Las horas pasaron hablando con gran animación. Luisito, algo pasado su susto, volvió á charlar por los codos; tantas cosas contó, tan dramáticos sus casos y tal su fingida bravura matando todos los vichos malos habidos y no habidos, hasta acordar todos nosotros por una

nimidad, vista y oída su vida cazadora, colocarlo al otro día hacia un sitio do probaría tanta hazaña y valor como nos contaba.

Las lindas muchachas María y Julia suplicaron á su papá un sitio para Luisito próximo á las dos para la batida y como salvaguardia á las damas.

Al otro día y á la hora citada todos ocupaban sus puntos indicados; la mancha cojida por todos sus lados; á Luisito y á las dos damas los colocaron casi juntos.

A poco dá principio la batida. Una pitorra salta, y apuntada ya por Luisito para probar á las chicas su habilidad, la mata la linda María, más viva y práctica y acostumbrada á las armas, sin duda. Luisito, algo amostazado, mas con su habitual finura, vá á cobrar por sí mismo la pitorra caida, á mala hora para su fingido valor. Tan pronto como dirigió sus pasos avanzando por la mancha, oyó un ruido sordo y las jaras abrían paso á un gran jabalí. María, con la mayor frialdad y calma, apunta al cochino y dispara; lo hirió aun cuando poco; grita á Luisito para animarlo á tirar, mas Luisito no podía oírlo; anonadado por tan brusca aparición, atronados sus oídos por los dos disparos, con la cara pálida como un difunto, los ojos casi saltados, las manos agarrotadas y acobardado al hallar un jabalí á cuatro pasos, no hizo más sino alzar su arma, no para dispararla, sino como manda la milicia á los soldados saludar la insignia nacional. Por último, olvidando ya su habilidad tan alabada por sí mismo, corrió hacia un árbol próximo y subió, mas no sin rasgar su lustroso pantalón por un sitio indigno y no muy limpio: gracias á las lágrimas producidas por la risa, no pudo tanto María como Julia admirar la rotura.

Una bala disparada con fortuna por D. Juan dió fin al jabalí á pocas varas más allá.

Atraídos por las continuas risas y gritos, acudimos todos: un guarda ayudó á bajar al victorioso y bravo cazador, no sin gran apuro por la ofuscación al disparar Luisito su arma contra alguno, tomándolos sin duda por un jabalí.

Mi protagonista, bajado ya, marchó á la casa para curar los arañazos sufridos al subir al árbol. La caza la continuamos nosotros hasta finalizar las batidas. Cuando acabamos y volvimos á la casa, Luisito había marchado á su ciudad.

Jamás volví á cazar cochinos. Dudamos haya olvidado aún su poco bizarra conducta para con las dos damas aludidas.

BARTOLOMÉ P. GUTIÉRREZ.



### A manera de prólogo.

Obedezco la sentencia,  
Magüer que non soy culpado,  
Pues es justo mande el rey  
Y que obedezca el vasallo.  
(Del Romancero del Cid.)

Las sombras han invadido cuanto me rodea, anublando mi inteligencia cuando más necesitaba luz. Busco, y busco en vano camino para

salir del atolladero á que me condujo el humorismo de unos cuantos desocupados que, no sabiendo cómo matar el tiempo, buscan objeto de crítica para matar el ocio.

Como si tuviera yo alguna inventiva ó pudiera codearme con los que la tienen, me mandan varios admiradores y conmlitones de San Eustaquio que escriba *algo* que á cazadores se refiera, sin tener en cuenta que estoy á la cuarta pregunta en esas materias, y que en mi cerebro no funciona la loca de la casa; no sé si por lo que le sobra de loca ó por lo que le falta de casa.

—¿Y qué ha de ser?, pregunto: ¿historia ó novela?

—Lo que usted quiera—me contestan, como si la cosa fuera sencilla.—Escriba en seis cuartillas algo que entretenga á los lectores de EL MONTERO EXTREMEÑO, y tenga en cuenta que hay ya muchos que se han comprometido á completar la obra que usted empiece.

Pregunto nombres, y... ¡horror! Detrás de mi labor averiada y formando contraste con ella, vendrá la de los hombres más eminentes en el arte de Fabila y Benojal; mas todo no ha de ser cama de novios, blanda y sin hoyos. Hagan los Romeos, los Ayalas y los Pérez Toresano, puesto que Dios puso en ellos la materia prima, gala de su talento y donosura; me recreo por anticipado pensando en los raudales de inspiración que ostentarán como nota saliente, trabajos de artistas tan conocidos como los Macías, los Pablos y los Pachecos; nos agobiarán con su erudición y *decir elegante* el correcto Martínez Fraile, el fleamático Saussol y el veterano Lupus; y labrará con sus múltiples recursos digno remate á esa bella obra del ingenio, el que es Hipócrates por sus aforismos, Pablo por su elocuencia y Cicerón por el dominio que sobre la lengua del Lacio ejerce, pues sabido es que con latín, rocín y florín se llega del mundo al fin, y que al inimitable Primores sobra de todo. Y si yo he de ser el que rompa la marcha, sin talento, donosura, inspiración, ni correcto decir, y sin las otras excelentes cualidades de que darán gallarda muestra los que me sigan, merecedor he de ser de benevolencia si quiera porque doy ocasión á que se abra el palenque, ó en términos venatorios, porque soy el que mete los perros en el monte.

Conste, pues, que no soy cazador ni literato, y que si escribo algo que con la caza se relacione, es porque he sido cazado.

Con que chito en boca los críticos incipientes, y nadie me cante.

Escribir no sabes,  
De cazar olvidas  
Y en once de varas  
Metes camisa.

\*  
\* \*

Ya casi al terminar estas líneas que han de servir de introducción al trabajo en ciernes, y cuando más apurado me encontraba por no hallar materia apropiada al encargo, pasa por mi mente á manera de ráfaga una idea de la que apenas conservaba reminiscencia. Séame permitido gritar ¡eureka!, porque también, como el geómetra siracusano, herí yo la dificultad, y he

descubierto el medio de que otra pluma trace la labor que me fué encomendada.

Ordenáronme inventar en materia desconocida, escribir de lo que no tengo nociones; y mis fuerzas escasas debilitábanse más luchando con lo imposible. Pero la necesidad aguza el ingenio, y ante el temor de incurrir en el delito de indignidad por desacatar los acuerdos de la mayoría y sufrir su irresistible pena (1), rebusqué en la memoria hasta los más nimios incidentes de mi vida, y algo encontré que, si no satisface por completo á mis tiranos, será porque carezcan de buen gusto. Escuchad los preliminares del suceso que me ha conducido á puerto de salvación.

Llevado por mi afición á viajar, ó haciendo de *turista*, como diría un gentlement, recorría los valles de los Pirineos Centrales, en época no lejana, y siendo mi principal objeto admirar las inmensas cortaduras y elevados picos que fueron testigos del desastre de Roldán, encaminé mis pasos hacia los desfiladeros de Valcarlos. Imposible me habría sido caminar por terreno tan lleno de accidentes, si no me hubiera deparado la suerte al más simpático de los guías en el joven Fermín Ochoa: ágil é inteligente trepaba á los más empinados riscos con la ligereza de la ardilla, y marchaba por senderos imperceptibles que anulaban las distancias y eran desconocidos hasta de los más afamados contrabandistas del país.

En conversación franca y amistosa hicimos las tres leguas que median desde Zubiri á Burguete, y durante ella tuve ocasión de saber que el buen Ochoa era huérfano, que tenía su casa solariega en Burguete, y que era el último vástago de una notable familia de empedernidos cazadores, que habían tenido la fortuna de que se vieran escritas sus hazañas, aventuras y desventuras en una obra inédita compuesta por el más curioso y entendido de los priores de la Real Casa de Roncesvalles, y de la cual conservaba una copia el narrador.

¡Deliciosa velada me auguraba la Providencia bajo la forma del amable cazador! Sentados sobre los añosos bancos del espacioso *lar*, después de una sobria refacción, entregóme el montañés el mamotreto prometido, y fijándome en la portada pude observar que el noble hospitalario de los Pirineos designaba su obra con el título de *Aventuras venatorias, Una raza de lobos*. En el momento emprendí la lectura, y Ochoa la centava audición de aquel borroso é interesante manuscrito, y alboreaba el día cuando dábamos de mano. ¡Cuántas ganas me acometieron de apoderarme de él! Pero la actitud del joven reflejaba tal veneración hacia aquellos parduzcos papeles en que aparecían genialmente escritos en doce capítulos los hechos de sus antepasados; mostraba tal interés por aquella preciada ejecutoria con que la justicia social levantó á su raza

(1) Si pelear con alguno de fuera ó lo matasen, ó lo plagasen, los vecinos nol ayudaran; devenli dar en la glesia un ome que li de paz; et devenli mostrar una casa ol den sedazo para cernir la farina que coma, et fuego quel saquen en la palma de la mano.—*Fuero general de Navarra*, libro V, tit. XII, cap. II.

de los abismos de lo desconocido, que hube de conformarme con una copia hecha por el sacristán de San Agustín, copia que corriendo de unos á otros ha proporcionado grato soláz á casi todos los cazadores emeritenses.

Siento no conservarla en mi poder, y muy en secreto, para darme tono de erudito á costa del ilustre Prior. Pero ciertas amenazas que hasta esta ciudad han trascendido señalándome como *sujeto activo* de un delito, hizo temer á los amigos de las buenas letras que el manuscrito desapareciera en las maniobras del embargo, y acudieron en tropel á salvarlo del naufragio en que me creían sumido. Como eran once los solicitantes y no había posibilidad de complacer á todos, llaméme á la parte, y haciendo de Salomón, dividí el cuaderno entre los doce.

Tengo en mi poder el primer capítulo, que se publicará en el próximo número, si el director de EL MONTERO EXTREMEÑO lo permite. Los once restantes me consta que los conservan los adalides que me obligaron á hacer liza en este palenque, y en ellos encontrarán materia bastante para hacer interesante su trabajo si arreglando la ortografía lo exornan con el estilo que á cada uno le es propio.

Yo bien sé que el apologista de los Ochoa quiso hacer historia; pero me hace dudar de que consiguiera su intento los minuciosos incidentes que detalla, la trama tan bien hurdida y el desarrollo de la obra, que por los hechos que relata no pudo encontrar fuentes puras ni tradiciones libres de las adulteraciones que la imaginación popular hace en ellas. Por tales razones soy de opinión que este libro debe conceptuarse como *novela histórica*; y si mi competencia es poca para hacer tales clasificaciones, sírvale de abono el común sentir de los que lo leyeron y de los que conservan sus fragmentos.



## Sección de noticias.

Ha salido para Barcelona, en donde pasará los meses de verano, nuestro querido amigo y compañero de caza D. Santos Palomo.

Regresará á ésta á principios de otoño, cuando las monterías den comienzo.

Aunque en nuestro país no se respeta la veda como se debe, durante este tiempo se dá tan mal la caza, que la mayor parte de los cazadores, más que por virtud, por no aburrirse, dejan de cazar, y es imposible llenar la *Crónica de caza* con algo que interesante sea.

No nos quejamos por esto, al contrario, quisiéramos suprimirla por no tener nada que publicar.

Se halla bastante mejorado de la larga enfermedad que viene padeciendo, nuestro amigo D. José Agudo Sánchez, á quien deseamos pronto y total restablecimiento.

Mérida: Tip. de Plano y Corchero.

